

Crónica Literaria

11 Mayo 1969

Por ALONE

"Los Borradores de la Muerte" por Guillermo Blanco
y "El Sueño del Ballenero" por Osvaldo Wegmann.

La relación entre el autor y su tema tiene en la creación estética tanta importancia como la que existe entre los amantes: cuestión sutil cuyo equilibrio decide el éxito o el fracaso de la empresa amorosa o artística.

Se trata en ambos casos de un matrimonio.

Por eso, en uno y otro, resulta difícil aconsejar: un poco más de diferencias y semejanzas puede inclinar los platillos de cierta balanza.

Una sola cosa hay segura: que no intervengan factores extraños, que no entren a pesar conveniencias y queden eliminadas las circunstancias exteriores al delicado proceso.

Suelen algunos atolondradamente recomendar esta o aquella dirección, decir que hay territorios inexplorados, que un chileno debe inspirarse en motivos nacionales, observar la realidad, ceñirse a la historia o la geografía, describir la naturaleza, penetrar la psicología del ambiente, apartándose de imaginaciones exóticas y ejemplos foráneos capaces de extraviarlos y convertirlos en imitadores, indiferentes al extranjero y objeto para ellos de justo desdén.

Mucho cuidado.

Ante todo, respeto a la personalidad, atención al temperamento: allí está la materia prima y se esconde el secreto. ¿Qué le gusta a Ud., qué tema atrae su placer personal, su propensión íntima, espontánea y profunda? He ahí la primera interrogante. De la contestación surge la pregunta. Ese tema, ese asunto ¿lo conoce Ud., lo ha profundizado, sabe sobre él cosas que ignoran los demás? Evitar las repeticiones: descubrir, aunque sea un átomo nuevo, vale más que inventar lo que se había inventado y se conocía desde largo tiempo.

De ahí el peligro que encierran los concursos con sus tentaciones. Incitan al matrimonio por conveniencia. A veces, resultan. No es lo general y, en arte, constituyen la excepción confirmatoria de la ley que pide libertad, sinceridad, espontaneidad.

Por eso necesitan proceder con cautela no sólo quienes abordan la obra de creación, sino los que, deseosos de estimularla, establecen recompensas y señalan líneas entre las cuales poetas o novelistas deben marchar disciplinadamente, sin mirar a derecha ni a izquierda, comprometidos de antemano y sujetos.

He aquí "Los Borradores de la Muerte", cuentos, por Guillermo Blanco. ¿Será el título? ¿Será el prólogo? El hecho es que uno y otro sugieren la idea de algo premeditado, retórico, de un trabajo compuesto, donde una luzcidez calculada tiende a la alucinación con elementos puramente intelectuales destinados a materializarse en drama y que, movidos por una pluma hábil, se esfuerzan y lo consiguen; pero sin borrar la traza del esfuerzo ni el propósito.

Abre la marcha una cita de Quevedo, maestro en complicaciones retorcidas, retorta de altas temperaturas cerebrales que hace entrar en fusión materias resistentes, atormentadas.

"La muerte no la conocéis y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de vosotros y todos sois muertos de vosotros mismos. La calavera es el muerto y la cara es la muerte; y lo que llamáis morir es acabar de morir; y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo y los güesos es lo que de vosotros le sobra a la sepultura..."

Conocemos la máquina y reconocemos sus chirridos, vemos los eslabones de la cadena y sentimos la rueda girar.

Mecánica.

Las explicaciones del autor acentúan los presentimientos que ante la obra inminente asaltan al lector.

Se trata de una tarea. Vamos a meditar sobre la palabra muerte, la vamos a sentir en el cerebro y le exprimiremos todo su horrible jugo.

De buena gana querríamos eludir el asunto, cambiar de tema, hablar de otras cosas. Todo el mundo conoce demasiado esa de carácter lúgubre; no le hay más manoseado ni menos seductor.

Pero no se puede.

Sospechamos incluso que el mismo autor lo desearía y acaso, allá adentro, confusamente, se haya dicho también:

— Señor, aparta de mí este cáliz.

Pero no... hay que seguir.

Hombre experto en narraciones imaginarias, profesor, dueño de una técnica y un estilo, Guillermo Blanco se ha

ganado lo que se llama "un bien merecido prestigio", cada obra suya es preciso conocerla, juzgarla y comentarla.

Para eso están los críticos.

Pese a todo y a que las historias, tipos, escenas, episodios y personajes van sucediéndose página tras página sin desfallecer, siempre danzando en torno a la muerte, de la palabra muerte, de lo que significa morir, desaparecer, aniquilarse, caer en el olvido, regresar a la nada, aunque nada hay que oponer a las reflexiones bastante lúgubres que desde ese pozo negro brotan, ordenadamente, o en un desorden provocado, la malhadada creencia nos persigue de que el libro habría podido omitirse, de que no es verdaderamente necesario ni elabora un metal cierto, sino que ha sido ante todo pensado y como exigido a la fábrica pensante.

Situado en otro polo de la esfera literaria, sin complicaciones ni refinamiento, aunque no sin finura, don Osvaldo Wegmann narra de hechos observados y vividos, con un minimum de elaboración, compone un cuento al modo clásico, armado de principio, medio y fin que entra inmediatamente en materia y no la utiliza ni retuerce sino lo indispensable.

Es uno de los exploradores de la zona magallánica, la tierra de Coloane y Armando Braun, que se ha demostrado fecunda en ovejas como en pastores.

Lenguaje claro, directo, sencillo; el hombre es de acción y no tiene tiempo que perder, sus palabras apuntan al grano visible.

Veámosle el paso:

"Los caballos cansados, con las cabezas gachas, tranqueaban por el cañadón donde remolineaba el "pampero" que cortía nuestros rostros barbudos y polvorientos. El Río de las Vueltas arrastraba un enorme caudal de aguas de los deshielos primaverales. Era un día de sol y de viento..."

Las sensaciones se atropellan, cada rasgo con su línea y su color. No necesita anunciar nada para advertirse que algo sucederá, que una aventura se prepara y camina por los senderos patagónicos.

Gran ventaja esa plenitud de experiencias reales; el autor sólo necesita dejarse llevar, su trabajo consiste en sucesivas eliminaciones de esos detalles prolijos que, en la escuela criollista recargan los relatos y sumegen la intriga en la maraña de los paisajes.

La atmósfera insinúase entre líneas, rodeando tipos rudos, elementales que un miraje ilusorio mueve.

"El cementerio de los milodones", uno de los doce cuentos del volumen, parte de un hecho histórico, el descubrimiento de la famosa Cueva del Milodón, con que un héroe pobre y anónimo enriqueció a otros, en Londres.

En él se basa la leyenda aprovechada, inventada tal vez, que le cuesta la vida a uno de sus protagonistas, un loco simpático, no del todo inverosímil.

Se le había puesto en la cabeza que el Milodón no podía ser caso único. Debía de haber otros megaterios petrificados y en algún punto de la cordillera, enorme y misteriosa, la pieza inapreciable tendría un tesoro de réplicas.

Ni la fantasía del audaz "descubridor" ni los peligros que entrañaba la exploración que les propone detienen a sus oyentes en el territorio de las maravillas.

Así la intriga se teje y desarrolla, narración de viaje hecha por alguien que, si no emprendió precisamente ése, sírvase de los muchos efectivamente realizados para prestarle cuerpo.

Tampoco juraríamos que don Carmen Oyarzo, el puestero, mató de veras al argentino fanfarrón que se atrevió a desafiarlo. La cosa, por lo demás, queda en suspenso. Pero los pasos que los héroes de "El jardín en el puesto" dan en el transcurso de la breve historia resuenan con firmeza indiscutible y un perfecto aire de no haber sido inventado.

Esta es justamente la tónica de "El sueño del ballenero": una separación muy leve entre la cosa vista, el hecho histórico, la anécdota, y las prolongaciones que le imprimen significado y resonancia.

Nadie puede penetrar en la intimidad de un escritor. Ni él mismo. Pero, según todas las apariencias, las cosas ocurren como si Guillermo Blanco se hubiera obligado o creído obligado a elegir su tema mortífero y don Osvaldo Wegmann, menos exigente, no tan bien dotado, por muchos aspectos inferior, hubiera conseguido más dejándose arrastrar por el suyo para darse y darnos gusto.

Piedra Roja, mayo de 1969.